


La fortificación de la Ciudad de México: una nueva lectura del urbanismo de la ciudad en tiempos Paleohispánicos

Mexico City Fortification System: a new approach to Paleohispanic Urban Planning

 RODRIGO OCTAVIO TIRADO SALAZAR
Universidad Nacional Autónoma de México
rodrigotisa@gmail.com

Resumen

La ubicación estratégica de la primera Ciudad de México a principios del siglo XVI no fue, de ninguna forma, casual. Si bien el primer establecimiento de Hernán Cortés y sus hombres estuvo localizado en tierra firme, en algún momento cambió de parecer y decidió situarse en el mismo lugar donde se encontraba la de Tenochtitlan.

En este artículo partiré de una descripción de las características defensivas en ciertas urbes medievales islámicas, para luego establecer paralelos con la ciudad que planeó Cortés y, así, instaurar una narrativa que entrelace la evidencia que nos han arrojado las fuentes históricas, arqueológicas y urbanísticas.

Palabras clave: urbanismo, calzadas, fortificación, Hernán Cortés, conquista.

Abstract

The strategic location of the first Mexico City at the beginning of the 16th century was by no means accidental. Although the first establishment of Hernán Cortés and his men was located on the mainland, at some point the conqueror changed his mind and placed his city in the same place where Tenochtitlan was.

In this article I will start from a description of the defensive characteristics in certain medieval Islamic cities, to later establish certain parallels with the city that the conqueror planned and, thus, establish a narrative that interweaves the evidence that historical, archaeological, and historical sources have thrown at us. urban planning.

Keywords: urban planning, conquest, Hernán Cortés, fortification

Recibido: 15 de marzo de 2022; aceptado: 9 de septiembre de 2022; publicado: 30 de septiembre de 2022.

Revista Historia Autónoma, 21 (2022), pp. 11-23

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2022.21.001>



I. Introducción

La Ciudad de México ha sido tradicionalmente considerada como una ciudad renacentista que fue planeada y construida “desde cero” bajo la costumbre de principios del siglo XVI. Por este motivo se piensa que no contó nunca con defensas militares, además que, existe la creencia errónea pero complementaria de que estando el territorio en extenso pacificado no existía ninguna necesidad de tenerlas.

El presente trabajo pretende arrojar luz sobre el tema para, así, desentrañar las estructuras defensivas de la primera Ciudad de México, una urbe planeada y construida por los conquistadores castellanos de principios del siglo XVI, que, en un principio, vertieron en ella los conocimientos que tenían derivados de habitar urbes de fundación islámica medieval en la Península ibérica y que, posteriormente, a la llegada del primer virrey, Antonio de Mendoza (1535- 1550), derivó en una ciudad renacentista producto de las teorías y concepciones urbanísticas.

Apenas consumada la conquista del Altiplano Central, se trataba de una ciudad en la que el ambiente que se respiraba era de tremenda inseguridad, como es natural, y en la que se echó mano de todo tipo de artimañas pragmáticas defensivas, tanto en contra de las posibles tropas indígenas que pudieran atacarla en cualquier momento, como de los castellanos que quisieran arrancar del poder a las autoridades conquistadoras.

La hipótesis de este trabajo es que la ciudad fue construida considerando el lugar y reutilizando ciertas estructuras para, de la forma más pragmática, tratar de convertir el islote en el lugar más seguro posible. Esto podemos verlo en la situación lacustre del emplazamiento, en la construcción de las Atarazanas, en la presencia de los reales que cuidan las cabeceras de las calzadas y en la utilización de éstas como puentes que conectan a la ciudad con tierra firme, pero que también la bloquean, limitando el rango de acción de cualquier atacante.

En cuanto al aspecto metodológico, en este artículo se realizará una disertación apoyada en documentos históricos como las Cartas de Relación escritas por Hernán Cortés, los textos de Bernal Díaz y los de los monjes de las órdenes mendicantes que fueron las primeras en llegar al actual territorio mexicano. Además de en los análisis urbanos de la Ciudad de México como fuente auxiliar a la historia.

El urbanismo de la primera Ciudad de México es problemático, a pesar de la gran cantidad de trabajos que se han realizado sobre el tema como los del maestro Eduardo Matos Moctezuma, el Dr. Xavier Cortés Rocha y los de Dr. Manuel Sánchez de Carmona por mencionar algunos.

El estudio de su primera etapa está enmarcado entre dos periodos de la historia nacional: el México Prehispánico (1325-1521) y el Virreinal (1535-1821). Estos dos bloques temporales dejan de lado una ventana en la que se configura la primera urbe, periodo que he llamado

Paleohispánico en trabajos anteriores¹, que va del 1521 al 1535, y que es digno de estudiarse precisamente por mostrar marcadas peculiaridades y paralelismos con el urbanismo medieval.

Además, es necesario agregar que la primera Ciudad de México (1524-1535) es víctima de una gran cantidad de mitos como el de la destrucción total de la ciudad a manos de los conquistadores que siguen reproduciéndose en la sociedad de la actual capital del país, lo que dificulta enormemente su estudio.

Añádase a esto que la traza de la primera Ciudad de México ha sido situada en el génesis del urbanismo latinoamericano, instalándose su análisis como piedra fundacional, desde la cual se han derivado diferentes explicaciones y explorado diversas posibilidades que pudieron dar pie a las ciudades hispanas en su creación. Todo ello sin contemplar, en ningún momento, la posibilidad de un primer urbanismo latinoamericano que hincara sus orígenes en la ciudad medieval, con características tanto cristianas como islámicas, ya que fueron, precisamente, las autoridades islámicas de la Península Ibérica las que crearon o modificaron de forma determinante gran parte de las ciudades Hispano-Peninsulares, que conocieron los conquistadores y, probablemente, inspiraron a los primeros urbanistas castellanos que planearon ciudades como la de México en el siglo XVI².

A lo largo de este artículo se esbozan algunas de las múltiples características defensivas con que contó la Ciudad de México en su primera etapa. Me refiero, sobre todo, a la función de las calzadas prehispánicas, su reutilización y la relación urbanística que existe con algunos ejemplos de ciudades Hispano- Peninsulares.

II. Desarrollo

Antes que nada, debemos abordar el tema del lugar de construcción de la primera Ciudad de México, ya que Hernán Cortés, junto con sus hombres, en un primer momento deciden establecerse en Coyoacán (que estaba en tierra firme), para luego cambiar radicalmente de opinión y trasladar la ciudad al islote donde se había encontrado la ciudad de México-Tenochtitlan. Podemos decir que la postura inicial de Cortés era la de construir una nueva ciudad en tierra firme, dejando la antigua Tenochtitlan totalmente deshabitada para así, por un lado, poner en claro el esplendor de la cultura que había logrado derrocar y, por otro, evitar el problema generado por la situación del islote que sugería la posibilidad de quedar atrapado

¹ Tirado de Salazar, Rodrigo Octavio, “Paleohispánico: una aproximación al primer periodo castellano en México”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 45, pp. 279-288. <https://doi.org/10.15366/cupauam2019.45.012>

² Tirado de Salazar, Rodrigo Octavio, *El urbanismo islámico de la Península Ibérica y la Ciudad de México: análisis comparativo*, tesis doctoral, UAM- Madrid, 2017.

dentro, sin capacidad de reabastecimiento, como les había sucedido a los mexicas. Al respecto de la decisión de dejar abandonada la antigua ciudad sin dejar ninguna posibilidad de ser habitada de nuevo, Cortés nos comenta en sus cartas:

“[...] y viendo que, si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puertas de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiéramos salir a la tierra”³

Con base en el anterior fragmento de la *Segunda Carta de Relación* parece ser que los conquistadores sentían un gran temor, totalmente justificado, a que, al establecerse ellos en la antigua capital, los mexicas los sitiaran y llevaran a cabo las mismas tácticas militares que Cortés y sus hombres habían aplicado. En este sentido parece ser la reacción más lógica el situar la nueva capital del territorio conquistado en un emplazamiento diferente al lugar donde se encontraba la capital mexica, buscando que la nueva ciudad pudiera estar mejor protegida.

Sin embargo, los problemas que podría acarrear el establecimiento de la ciudad en un medio lacustre fueron menores a los temores que acosaban a Cortés durante los primeros años después de haber consumado la conquista del Altiplano Central: el peligro constante del resurgimiento de las hostilidades con los mexicas, aunado a las luchas internas entre los conquistadores, llevaron al conquistador a establecer, finalmente, la nueva capital en el islote, un terreno que parecía estar en desventaja pero que contaba con barreras naturales. Esta acción es justificable teniendo en cuenta la concepción medieval de conquista presente en Hernán Cortés, que pensó, en un segundo momento, en establecerse sobre la ciudad antigua y así, de cierta manera, ostentar de facto el poder que le confería la conquista que había realizado en unión a otros grupos indígenas.

Por otro lado, no hay que menospreciar el miedo que sentía Cortés frente a sus enemigos, que eran tanto castellanos como mexicas. Esta doble amenaza lo convertía en el hombre más perseguido dentro del nuevo territorio y él, seguramente, buscó desde un primer momento proteger el nuevo *status quo* (que lo ubicaba en la máxima posición político-militar) durante el mayor tiempo posible. George Kubler afirma que:

“Cortés fue acusado en 1529 de buscar ciertas ventajas estableciéndose en Tenochtitlan. En ese lugar Cortés estaría a salvo de cualquier ataque de los indígenas o de posibles disturbios entre sus propios seguidores”⁴

Ostensiblemente el islote presentaba ventajas ya que, en términos defensivos, tenía el potencial de convertirse en una posición inexpugnable al contar con los accesos restringidos

³Cortés de Monroy Pizarro Altamirano, Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*, Ciudad de México, Editorial Porrúa, 1960, pp. 77.

⁴Kubler, George, *Arquitecturas Mexicanas del siglo XVI*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983: 117.

de las tres calzadas⁵. Dicha disposición recuerda -y muy probablemente también la evocaba en la mente de los conquistadores- a la dinámica de los puentes de Mérida y Toledo en tiempos islámicos⁶, donde las alcazabas sirvieron como filtros para asegurarle al poder cordobés el control de los puentes durante cualquier insurrección [fig. 1].

En cuanto a las características defensivas que proporcionaba el islote nos encontramos, por un lado, la posibilidad de una fácil huida en un momento difícil, que dependía simplemente de tener control del lago por medio de una flota. Esto, podía a su vez poseer la ventaja estratégica de redirigir el ataque de los agresores, dejando solamente una calzada como acceso, obligándolos de esta manera a atacar por un sólo frente, que seguramente estaría defendido por tierra y por agua. Esto quedaba claro en la mente del conquistador. De acuerdo con Escalante:

“Cortés y sus hombres ‘fueron conducidos’, llevados de las orillas al interior de la ciudad, y en ese solo hecho ya se ponía de manifiesto la ventaja defensiva de estas ciudades insulares; ambas accesibles por vía navegable, y Tenochtitlan, como sabemos, por sus cuatro calzadas principales”⁷

La visión plasmada en el fragmento anterior nos deja entrever que los conquistadores, y en especial su capitán, consideraron desde un primer momento la capacidad defensiva con la que los podía dotar la situación geográfica en que se encontraba la ciudad. Por lo tanto, podríamos suponer que la disyuntiva de Cortés en los primeros momentos sólo significó que las luchas intestinas empezaban a surgir y el plano político del territorio que sería Nueva España estaba en proceso de gestación.

Al construir la nueva Ciudad de México, Cortés decidió acabar con los problemas que suponía el establecimiento en el lago, razón por la cual las calzadas serían defendidas por una serie de fortalezas erigidas desde tiempos de la guerra de conquista, se construirían los bergantines⁸ y la fortaleza naval llamada de las Atarazanas, se aseguraron los acueductos y se construirían también una serie de fortalezas dentro de la ciudad, que serían utilizadas como residencias para el capitán general y aquellos de los conquistadores que ostentaban mayor rango. Dentro de la ciudad cortesiana, el lago funcionó como una especie de muralla, infranqueable mientras se tuviera el control de sus aguas, para lo que eran fundamentales los bergantines.

El tema de la estrategia defensiva de Hernán Cortés nos conduce a realizar ciertas conjeturas con respecto a las calzadas, ya que parece ser que Tenochtitlan las tenía como elementos que conformaban su trazado urbano. Tres de ellas eran las que venían desde tierra firme cruzando las aguas del lago para lograr unir el islote con las poblaciones de los alrededores. Al respecto contamos con la impresión de Bernal Díaz del Castillo que dice:

⁵ Duverger, Christian, *Cortés la biografía más reveladora*, Ciudad de México, Santillana, 2005: 189.

⁶ Tirado de Salazar, Rodrigo Octavio, *Análisis urbanístico de Batalyaws*, tesis de maestría, UAM- Madrid, 2013.

⁷ Escalante Gonzalbo, Pablo, “Conquistas lacustres. Tenochtitlan (1519-1521), Taysal (1525- 1696)”, en *Arqueología Mexicana*, 12 (2004), pp. 45-46.

⁸ Escalante Gonzalbo, Pablo, “Conquistas lacustres...”, *op. cit.*, p. 46.

“Vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate”⁹

Díaz del Castillo nos deja claro que los españoles entraron por la calzada de Iztapalapa y que huyeron por la calzada de Tacuba. Estas dos eran extremadamente importantes para la ciudad, ya que la primera de ellas iba desde *Huitzilopochco*, el nombre prehispánico del actual barrio de Churubusco, hasta el *Coatepantli*, que era el muro que rodeaba el centro ceremonial de Tenochtitlan. Sobre la morfología y el trazo de la calzada Hernán Cortés dice:

“La cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada que pueden ir por toda ella ocho de a caballo a la par, y en estas dos leguas de la una parte y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades y la una de ellas que se dice Misicalcingo, está fundada la mayor parte de ella dentro de la dicha laguna, y la otras dos, que se llaman Niciaca y la otra Huchilohuchico, están en la costa de ella, y muchas casas de ellas dentro en el agua”¹⁰

En otras palabras, la calzada parece haber medido unos 8 metros de ancho y, en línea recta desde Churubusco hasta el templo mayor, unos 9 kilómetros. Sabemos que la calzada continuaba hasta Xochimilco como nos sugiere el siguiente fragmento de González Aparicio:

“Se iniciaba con un tramo recto tan bien trazado que llamó la atención de los conquistadores y que iba desde el corazón de Tenochtitlan hasta Churubusco, que como se sabe estuvo ubicado en la boca que comunicaba los lagos dulces con el salado. [...] A partir de Churubusco, la calzada seguía un corto trecho sobre las aguas del Lago de Xochimilco hasta encontrar la tierra firme en las proximidades del Pedregal, y proseguir bordeando este accidente topográfico hasta Huipulco, donde giraba bruscamente hacia el oriente para continuar por la orilla del lago hasta Tepepan. De allí se adentraba una vez más en las aguas para llegar a Xochimilco”¹¹

La segunda calzada que menciona Díaz del Castillo iba desde el *Coatepantli* hasta el poblado de Cuepopan el cual era el nombre prehispánico del actual barrio de Tacuba. Sobre el trazado aproximado de la calzada prehispánica González Aparicio nos dice:

“La Calzada Tlacopan seguía el curso de las actuales calles de Tacuba, Avenida Hidalgo, Puente de Alvarado, Ribera de San Cosme y Calzada México - Tacuba y, a diferencia de las otras calzadas prehispánicas todas ellas trazadas en línea recta, ésta de Tlacopan tenía varios cambios de dirección, originados quizá por

⁹ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera...op.cit.*, p. 173.

¹⁰ Cortés de Monroy Pizarro Altamirano, Hernán, *Cartas de relación...op.cit.*, p. 62.

¹¹ González Aparicio, Luis, *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973: 46.

la conveniencia de aprovechar bajos o islas, o bien por el deseo de no acercarse demasiado a la Calzada Nonoalco”¹²

La ruta que se menciona en el fragmento anterior parece ser la más plausible para la calzada México-Tacuba. Además, considero acertada la explicación sobre el gran número de quiebros de la calzada, ya que resulta bastante lógica la necesidad de asentar su cimentación en los pequeños islotes de tierra firme que se encontrarán en el camino que se quería cubrir. Es fundamental agregar que la calzada de Tacuba fue la más antigua de las que unieron al islote con la tierra firme. Esto queda demostrado por la orientación que tenía esta calzada, ya que fue construida en tiempos en que Tenochtitlan se encontraba sometida a Azcapotzalco.

El tema de las puertas que menciona Cortés sigue resultando especialmente interesante, debido a que, cuando éste escribe su *Segunda Carta de Relación* al emperador, habla sobre las estrategias que están a su disposición en semejante emplazamiento, como podemos constatar releiendo el fragmento antes citado:

“Y viendo que, si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puertas de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiéramos salir a la tierra”¹³

Como se mencionó anteriormente, el fragmento afirma que, en el caso de quedar dentro de la ciudad, si se removieran las puertas de las entradas y salidas, los conquistadores podrían quedar sitiados, en la misma manera en que los mexicas lo estuvieron durante la guerra de conquista. Lo que llama más la atención es que el capitán utilice la palabra “puertas” ya que resulta difícil creer que la ciudad contase con “puertas” más allá de los vanos en el *Coatepantli*.

Una buena explicación para el asunto de las “puertas” de las que habla es que él haya utilizado este vocablo de manera adaptativa para designar a los puentes o calzadas que comunicaban a la ciudad prehispánica con la tierra firme. De esta manera, Cortés recurre a la analogía con los elementos urbanísticos presentes en su natal España, siendo el lago como una gran muralla o foso que mantendría a los enemigos alejados de la ciudad; mientras que las calzadas funcionarían como las puertas de una ciudad amurallada o, mejor aún, como los puentes de algunas ciudades islámicas. Un buen ejemplo, como he mencionado anteriormente, lo podemos encontrar en Mérida, Extremadura. En palabras de Álvarez Martínez:

“La ciudad de Mérida fue de fundación romana y cuenta con un puente para cruzar el río Guadiana volviendo la ciudad un paso obligado para todo ejército que quisiese atravesar el río tanto para ir de norte a sur como para hacerlo en sentido contrario”¹⁴

¹² González Aparicio, Luis, *Plano reconstructivo...op.cit.*, pp. 44.

¹³ Cortés de Monroy Pizarro Altamirano, Hernán, *Cartas de relación...op.cit.*, p. 77

¹⁴ Álvarez, José María, “El puente romano de Mérida”, en: *Monografías Emeritenses*, 1(1983), pp. 29-83: 29.

Aquí vale la pena mencionar que, en tiempos islámicos, Mérida se encontraba en conflicto directo con el emirato de Córdoba debido a la intención de estos últimos de despojar a la clase dominante emeritense de su poder y privilegios. Frente al avance cordobés, el pueblo de Mérida cortó el puente, obligando al enemigo a realizar un rodeo de unos setenta kilómetros para poder acceder a la ciudad. Como consecuencia, el emir omeya de Córdoba 'Abd al-Rahmân II mandó construir un *propugnaculum* y una alcazaba dentro de la ciudad para regir el acceso al puente y, así, controlar la ciudad. El *propugnaculum* de Mérida consiste en una pequeña estancia, la cual está altamente defendida. Contamos con el siguiente fragmento de Fernando Valdés para describir la estructura:

“El *propugnaculum* adosado al ángulo noroccidental de la alcazaba está formado por cinco torres, aunque una de ellas resulta invisible. Se abren allí tres arcos que comunican, respectivamente, con el interior y con el propio recinto de la fortaleza [...] El eje de la puerta romana está inclinado en dirección N, formando una diagonal respecto al patio del recinto pequeño”¹⁵

Dicha estancia funciona como distribuidor y restringe el paso al puente, a la ciudad y a la alcazaba, construida para albergar una guarnición que mantuviese el control del puente, en manos cordobesas. El propio Valdés continúa:

“De los tres vanos del *propugnaculum* solo se conservan en su integridad los que conducían a la propia alcazaba y a la ciudad las únicas diferencias físicas apreciables en las tres entradas se refieren a la situación de las mochetas. En el paso a la ciudad forman la prolongación de la cara del muro por su lado exterior obligando a colocar los Goznes por el interior. [...] Es patente, por lo tanto, que dos de los tres accesos – los del puente y la ciudad- se controlaban desde dentro del recinto pequeño, en tanto que el tercero -el de la Alcazaba- se clausuraba desde dentro de ésta”¹⁶

Es decir, el *propugnaculum* tenía 3 puertas: la primera de ellas permitía el acceso desde el puente, la segunda daba acceso al *propugnaculum* desde la alcazaba, donde se mantenía encuartelada la guarnición y la tercera comunicaba a la población de la ciudad con el *propugnaculum* [fig. 2]. Por medio de esta última, la gente que vivía en la ciudad de Mérida podía ir y venir desde el puente a la ciudad, sólo que, por esta ruta su camino podía ser cerrado por las tropas de la alcazaba en el momento en que comenzaran las hostilidades, quedando la guarnición resguardada a la espera de refuerzos desde Córdoba [fig. 3].

La comparación con el *propugnaculum* de Mérida me parece acertada desde el enfoque con el que este estudio aborda el trazado de la primera Ciudad de México y el porqué de su construcción. En otras palabras, si rescatamos diversos elementos de la ciudad en tiempos

¹⁵ Valdés Fernández, Fernando, “El *propugnaculum* de Mérida y la tradición arquitectónica bizantina en Al-Andalus”, en: *Revista de Estudios Extremeños*, 2(1996), pp. 465-466.

¹⁶ Valdés Fernández, Fernando, “El *propugnaculum* de Mérida...” *op. cit.*, p. 469.

paleohispánicos, como es la función que tuvieron las calzadas desde la perspectiva de un conquistador y estratega de aquella época (en este caso Cortés) y hacemos una comparación de estos elementos con algunos rasgos del urbanismo islámico que mantuvieron y mantienen hoy en día las ciudades que conocieron con seguridad dichos conquistadores, la relación se vuelve obligada. Así, resulta que las calzadas actuaban como "puentes" que mantenían a la ciudad española alejada de los peligros que podía albergar la tierra firme.

La forma en la que Cortés podía asegurarse el no correr con la misma suerte con que corrieron los habitantes indígenas del islote era controlando las aguas. Para ello mandó construir unas Atarazanas como refugio para los bergantines que vigilarían el lago y que, a su vez, asegurarían la huida como último recurso. En segundo lugar, era necesario hacerse con el control de las calzadas, que cumplían las mismas funciones y tenían las ventajas al igual que las desventajas de los puentes peninsulares.

Para hacerse con el control de las calzadas hacía falta construir una serie de fortificaciones en donde mantener una pequeña guarnición de avanzada que asegurara la posibilidad de cortar el camino antes de que el enemigo lograra cruzarlas. Para lograr esto solo tenía que mandar construir una serie de "reales" en las cercanías de los comienzos de las calzadas desde tierra, como se hizo en los primeros años después de la conquista.

Cortés menciona a las personas asentadas en los reales en varias ocasiones: "Yo tenía, muy poderoso Señor, en el real de la calzada, doscientos peones españoles"¹⁷; "Mandé que algunos de a caballo y peones de los que estaban en Cuyoacán, se viniesen al real para que entrasen con nosotros"¹⁸. Las dos citas anteriores hacen referencia a las acciones que Hernán Cortés realiza antes de irrumpir por la fuerza en la ciudad mexicana. En primer lugar, nos dice que tenía asegurada una de las calzadas con doscientos españoles. En segundo lugar, nos deja claro donde se localiza una de las guarniciones que protegen las calzadas. En este caso, en Coyoacán, que está a muy poca distancia de Churubusco. Además, Cortés menciona también que del mismo Coyoacán manda traer refuerzos hacia el real para poder intensificar el ataque a la ciudad.

De acuerdo con González Aparicio, "El real de Cortés (uno de ellos) debió encontrarse entre las actuales calles Obrero Mundial y Calzada de Tlalpan"¹⁹. Así, se trataba de una estructura que defendía la calzada de Iztapalapa, la cual corría hacia el sur de la cuenca. Un recuento de los reales que instaló Cortés con afán de defender las calzadas nos la da Díaz del Castillo a continuación:

"Acordó de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenía en su real, que eran Cristóbal de Olid y Francisco Verdugo, y Andrés de Tapia y el

¹⁷ Cortés de Monroy Pizarro Altamirano, Hernán, *Cartas de relación...op.cit.*, p. 171.

¹⁸ Cortés de Monroy Pizarro Altamirano, Hernán, *Cartas de relación...op.cit.*, p. 172.

¹⁹ González Aparicio, Luis, *Plano reconstructivo...op.cit.*, p. 56.

alférez Corral, y Francisco de Lugo, y también nos escribió al real de Pedro de Alvarado y al de Sandoval”²⁰

Es decir, los reales que podemos contar hasta ahora son tres: el real de Cortés, el de Alvarado y el de Sandoval. La localización de dichos reales no está clara. Sin embargo, sabemos que Alvarado se encontraba en Tacuba, que fue también donde se ubicaba el primer real que asentó Cortés. El segundo de ellos debe ser el que menciona Aparicio, en el cruce de la calle Obrero Mundial y Calzada de Tlalpan. El tercero de ellos debía cubrir la salida hacia el norte de la ciudad, ya que de encontrarse en otra zona la estrategia de sitio no funcionaría. Es probable también que la calzada que iba al norte, hacia Tepeyac, estuviese cortada, y que por este motivo no fuera necesaria la instalación de un real más que en las calzadas que iban al oeste y al sur, como plantea Christian Duverger:

“Cortés ha instalado tres guarniciones estratégicas: una al oeste, a la salida de la calzada de Tlacopan; las otras dos al sur, en Iztapalapa y en Coyoacán, cuyos accesos controlan la gran calzada rectilínea que lleva al centro de la capital”²¹

De ser cierto esto último, el real que estaba controlado por Sandoval tenía que estar en Iztapalapa. Sin embargo, permanece la incongruencia de la localización del real de Cortés, ya sea que éste se encuentra en la calle que ahora es Obrero Mundial e Iztapalapa, como dice González²², o que realmente debamos considerar el establecimiento cortesiano en Coyoacán como un real más.

En este sentido, no cuento con la información arqueológica para aclarar el problema de la localización exacta de los reales puesto que el tema sobrepasa las delimitaciones de la presente investigación. Lo que sí puedo afirmar es el valor estratégico que tuvieron los reales ya que “La mejor defensa para la capital [...] eran las aguas que la rodeaban y el control de las calzadas que unían a la tierra firme”²³. Además, como se ha hecho a lo largo del artículo, vale la pena subrayar de qué manera este tipo de defensa deja en claro los paralelismos entre la primera ciudad de México y las urbes a las que pertenecieron los conquistadores, de urbanismo medieval adaptativo, ya sea islámico o cristiano, y no renacentista, como esta ciudad sí llegó a ser unos años después, con la llegada del primer virrey, Antonio de Mendoza.

²⁰ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera...op.cit.*, p. 347.

²¹ Duverger, Christian, *Cortés la biografía...op.cit.*, p. 217.

²² González Aparicio, Luis, *Plano reconstructivo...op.cit.*, pp. 44.

²³ Weckmann, Luis, *La herencia medieval de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994: 693.

V. Conclusiones

En primer lugar, al finalizar el análisis de la Ciudad de México, parece evidente que Hernán Cortés y sus hombres vivieron, durante los primeros años, bajo un intenso sentimiento de inseguridad tanto por causa de un supuesto enemigo indígena, capaz de convocar a millones de soldados preparados para atacar en cualquier momento, como por la ambición de riqueza y poder de otros castellanos que podrían tratar de derrocar a Hernán Cortés del puesto de liderazgo que ostentaba. Es relevante considerar que el mismo Cortés ya había experimentado el peligro que representaban sus compatriotas cuando se enfrentó a los castellanos que iban tras él bajo el mando de Pánfilo de Narváez.

Como reflejo de dicha inseguridad –además de las innegables causas ideológicas y psicológicas que lo llevaban a situarse en el prestigio y el poderío mexica-, Cortés decide que la ciudad sea establecida en el islote, al cobijo de las aguas del lago. Sin embargo, ya que Cortés tenía la experiencia del enemigo derrotado mediante un cruel sitio en el mismo lugar, planea, antes que nada, la construcción de las Atarazanas, que fue una fortaleza naval que resguardaría a los bergantines con los que, tiempo atrás, había logrado controlar las aguas del lago para dar sitio a los mexicas y que tenían la capacidad de mantener a cualquier posible enemigo alejado del islote y, por lo tanto, de la Ciudad de México. Así, las aguas del lago cumplirían la función de murallas casi inexpugnables, debido a que, para lograr cruzarlas, había que tomar posesión del territorio acuático.

Por último, hay que considerar que los únicos puntos que podían dar acceso a la urbe a un posible enemigo eran las dos calzadas que quedaban en pie. Dichas calzadas funcionaron de la misma forma que los puentes en la península ibérica, en especial el puente romano de la ciudad de Mérida, que necesitó una fortaleza en uno de sus extremos para poder ser controlado completamente. Cortés utilizó las calzadas prehispánicas para concentrar sus defensas en caso de asalto y para conservar la posibilidad de cortar sus comunicaciones con tierra firme en el momento necesario. Para poder tener mejor control de las calzadas y contar con puestos de avanzada en tierra firme en caso de asedio, Cortés construyó fortalezas en cada una de ellas.

FIGURAS

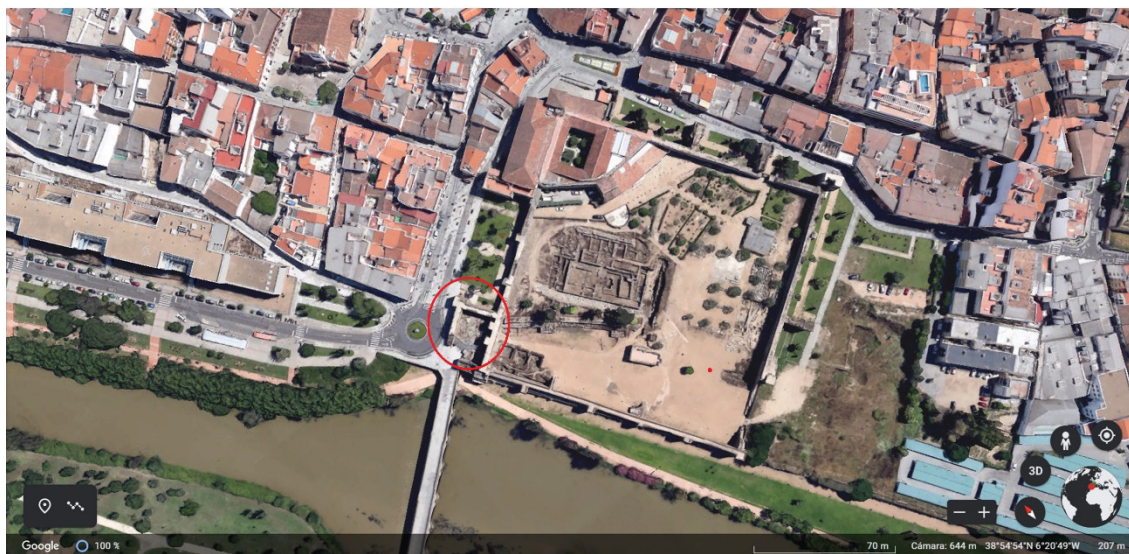


Figura 1: Ortofoto del entronque entre la alcazaba y el puente romano de la ciudad de Mérida en Extremadura (Google Earth, 2022 Creative Commons)

Esquema del *Propugnaculum* de Mérida

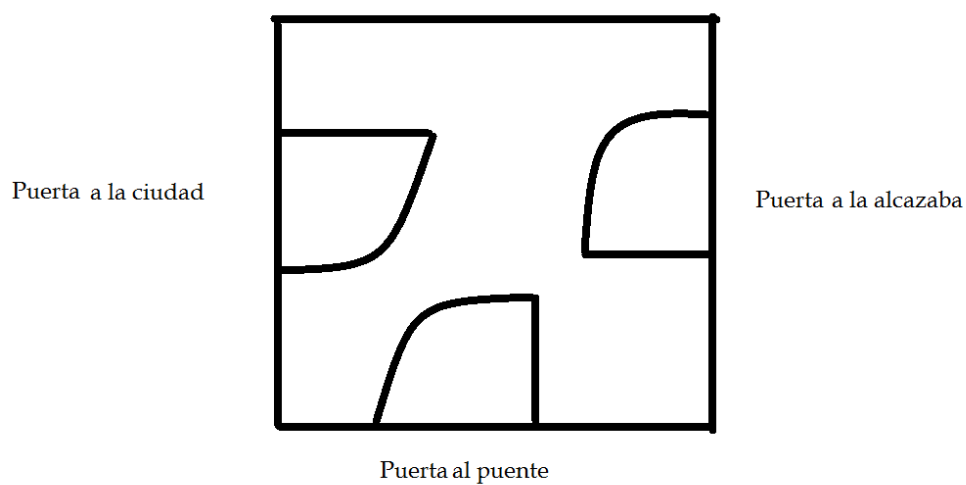


Figura 2: Esquema del *propugnaculum* de la Alcazaba de Mérida. (Dibujo del autor)



Figura 3: Puente romano sobre el río Guadiana donde conecta el *propugnaculum* (Wikipedia Creative Commons)